

Alegorías del temblor. Leer como experiencia de (de)generización

valeria flores

Un temblor perturba la mansedumbre de la letra sedentaria, repercute en el cuerpo lector y sacude los edificios más sólidos que cobijan nuestras vidas y las certezas de nuestros deseos. La lectura es la experiencia de un estremecimiento que altera modos de mirar, de percibir y de pensar el mundo y los cuerpos, nuestros cuerpos y los intersticios de sus posibilidades.

De manera errática, caprichosa, intrépida, la letra del texto también es la letra del cuerpo. De su soldadura en el soporte textual a la vitalidad del cuerpo, de lo inorgánico de la página o la pantalla a la composición orgánica, leer es un modo de hacer o deshacer géneros. La lectura nos hace una muesca en la economía de la vida y de la corporalidad, mediante contrabandos inauditos, conjugaciones fugaces, injertos discrepantes, que desafían el registro de las normalidades. Una conmoción epistemológica y estética acontece en el siempre enigmático gesto de leer.

La lectura depende del mundo que se haya mirado e incorporado. Estamos alfabetizadxs en las formas hegemónicas de las tecnologías del género y las sexualidades, a partir de las cuales nuestros sistemas perceptivos, cognitivos y afectivos practican la lectura y la escritura de los cuerpos en términos de “naturaleza”. Esta alfabetización es una forma de política cultural que, lejos de los formatos disciplinarios de la escolaridad, constituye prácticas de lectura y escritura de los códigos de normalización de los cuerpos, las sexualidades y los géneros.

Por eso, las prácticas de lectura no sólo acontecen en los textos con sus múltiples soportes, sino fundamentalmente en la matriz de codificación de los cuerpos orientada por un modelo binario cuya ficción normativa es sostenida por relatos heterosexualizados y heterosexualizantes. Así, la heterosexualidad es una práctica de lectura y escritura que compone

ese entramado de inteligibilidad cultural mediante el cual los cuerpos se naturalizan, se presentan de manera omnipresente, y se administran y distribuyen en femeninos y masculinos.

En estas zonas de tumultos que crea la lectura intervienen los mandatos y rediles, los ideales normativos, los anhelos y los olvidos, los lapsus y los silencios. Muchxs desobedientes del género, lesbianas, maricas, trans, travestis, intersex, mujeres masculinas, bisexuales, hemos leído contra y entre las palabras para sobrevivir, contra lo lingüísticamente correcto, violentando el lenguaje, buscando las grietas, las fisuras, los pequeños huecos, los temblores, que se producen entre una palabra y otra. Construimos con operaciones de des-ensamblaje, parodia, (re)montaje, entrelíneas y desvíos, los capítulos ausentes y omitidos para nuestras vidas. Rastreamos en el metabolismo subterráneo de los textos, no tanto lo que está oculto, sino modos de experimentación con lo que no se dice, se insinúa, o se detesta. Aprendimos a leer contra los automatismos del género, astillando mediante un trabajo de figuración y desfiguración, la violencia que se desata contra los cuerpos que buscan y anhelan habitar otros deseos que no son los autorizados o legitimados por la ley sexual.

Explorar de manera relacional la lectura, el género y la adolescencia, como alegorías del temblor, nos remite a prácticas que convulsionan los modos de estar y transitar por la vida, porque son experiencias que constituyen subjetividades, cuerpos y deseos. Para ello, me propongo pensar la *lectura como fuerza de extrañamiento, la adolescencia como fuerza de des-identificación y el género como fuerza de configuración.*

Alegorías del temblor porque su travesía agita los corredores del espasmo, en los que ocurren la afirmación, el acallamiento o la impugnación de aquellos modos de hacer(nos) un género. Pasajes del temblor en los que se diseminan los fragmentos del sobresalto al que es sometida la norma y los restos de una voz que acomete modelos de identificación y desidentificación para hacerse una vida más habitable.

La lectura como fuerza de extrañamiento

“Las herramientas son a menudo historias, cuentos contados de nuevo, versiones que invierten y que desplazan los dualismos jerárquicos de identidades naturalizadas” (Haraway, 1995: 300). Por eso, la lectura nos induce a la exploración de laboratorios de formas de vida, de invención y de audacia para expandir los límites de nuestra experiencia.

La lectura sigue reuniendo a quien dice y a quien escucha en un espacio común, para participar de un misterio, para que urda una historia que recoja nuestros pedazos, acople

nuestras partes, traspase nuestras zonas inhóspitas, para mostrarnos un destello o también para hacerla estallar.

Leer resistiéndose a acatar una autoridad es imprimirle una fuerza de extrañamiento a ese corpus de palabras que organizan sentido, imprescindible para “entrar en un recinto de hablantes que viven en argumentos que no cesan, participando, por un momento, de ese bullicio que piensa la vida, entre combates y hogueras, injusticias y dolores” (Percia, 2014: 64). Leer supone el errabundo y violento derrotero del pensamiento compartido, el desvanecimiento de los absolutos para recoger la parte imprevisible del mundo, que relanza las preguntas sobre el presente, una y otra vez, siempre diferentes.

Como arte de aproximación y roce, leer es una manera de frecuentar la huella de la ambigüedad, la fragilidad, la vacilación, el matiz, el desvío. Su ejercicio intempestivo y bastardo, forja una zona en que se tiene filiaciones no por legitimidad sino por adopción.

La lectura como acto irreverente es un remolino subjetivo que siempre nos desacomoda, que viene a perturbar, a pinchar, herir, marcar, porque nos hace preguntarnos acerca de nosotrxs mismxs, haciéndonos entrar en conflicto. Una premisa neopositivista e instrumental se ha apoderado de esta práctica cultural: leer es entender. Quien lee y no entiende cae en la desgracia del fracaso o en la certificación de su incompetencia. Sin embargo, Edouard Glissant atenta contra el fetiche del entendimiento, considerándolo un modo de hegemonía cultural y política. Nos dice: “No necesito ‘entender’ a nadie, ya sea individuo, comunidad, pueblo, ni ‘hacerlo mío’ a costa de asfixiarlo, de que se pierda, así, dentro de una totalidad quebrantadora, que tendría yo que gestionar para asumir el convivir con ellos, el construir con ellos, el arriesgarse con ellos” (Glissant, 2006: 31). Es preciso oponer a la transparencia la abierta opacidad de las existencias que no se pueden reducir.

Para que la opacidad sea una fiesta y no un espanto, el ansia de todx lector podría condensarse en tratar de escapar de sus límites o tratar de cavarse túneles, vagabundear por los alcances y la amplitud de las palabras, arrebatarse en los saltos mortales y las acrobacias del lenguaje, en el riesgo del desgarrar de sí.

Es a través de la lectura como se viven otras experiencias y nos permite volvernos otrxs. ¿Cómo hacer para que la lectura vaya más allá de esa comprensión aproblemática, demasiado tranquila, demasiado obediente, en la que sólo leemos lo que ya sabemos leer? Abrir una cierta ilegibilidad en lo que es demasiado legible requiere abandonos precarios, de frase en frase, de sitio en sitio, de silencio en silencio, con la mano extendida a quien nos presta su voz y haga

que lo escrito viva. Un hacer que tenga la forma de la interrupción del uso normal de la lengua, con un gesto impetuoso de problematizar lo evidente, se nos revela como urgente y paciente a la vez.

La adolescencia como fuerza de des-identificación

La adolescencia como invento sociocultural circunscribe cierta franja etaria a una convención de comportamientos y modos de ser, basada en una “moratoria social” que extiende el período de escolarización y pospone la entrada al mercado de trabajo, aunque ciertamente en nuestras sociedades capitalistas estos beneficios excluyen a una gran masa de jóvenes. La adolescencia se identifica con ese momento vital en que ciertas características físicas transforman el cuerpo, las que son leídas y codificadas por la cultura como el camino hacia la adultez, fundamentalmente hacia la vida reproductiva.

Si la adultez es la instancia temporal y biográfica históricamente concebida como la estación de las certezas, de las evidencias, de la claridad y la lucidez, del respeto y del compromiso, de la integridad moral y formal, la adolescencia se nos presenta como una condición relacional, cuya materia básica es la edad procesada por la cultura. Caracterizada por esta mirada adulta institucionalizada, la adolescencia se configura como una temporalidad biográfica desplazable, dominada por la confusión y la vaguedad, el desorden y la vulnerabilidad, la mentira y la irresponsabilidad, las turbadoras contradicciones, el titubeo amorfo. Pero más que pensar en una única adolescencia, es preciso pensar sus configuraciones múltiples de acuerdo a la clase, el género, la pertenecía étnica, racial, la discapacidad.

Esta fabricación cultural y política de la adolescencia impone guiones de conducta, en los que operan medularmente los imperativos normativos del género, a la vez que la vuelven terreno fértil para buscar nuevos umbrales de percepción, mediante la fabulación y el extravío que arman la posibilidad de fundar pequeños universos no constrictivos. Estas conspiraciones sensibles inauguran otros modos de pensar y de crear imaginarios, alimentados del apetito por la irreverencia, el desparpajo, la voracidad, el exceso. Por eso mismo, la adolescencia se vuelve presa codiciada del estado, la iglesia, el mercado y los medios, siendo un segmento poblacional intensamente controlado y vigilado. Las movilizaciones estudiantiles de los últimos años en este país son una muestra elocuente de ello.

El género como fuerza de configuración

El género como categoría analítica no remite a un sujeto particular, como las mujeres, tal su inscripción hegemónica que regula hoy los imaginarios colectivos, producto de las políticas neoliberales que reprocesaron las insolencias feministas en clave institucional mediante políticas de género ceñidas a términos mujeriles, desactivando radicalmente su potencial crítico. A partir de los desarrollos teóricos y políticos de las teorías feministas posestructuralistas, decoloniales, la teoría queer y la disidencia sexual, podemos comprender que no hay nada de natural en los cuerpos, que la sexualidad no es algo que exista originariamente o surja espontáneamente en ellos. Por el contrario, el género es una forma histórica y cultural de gestionar los cuerpos sostenido sobre la heteronormatividad, una tecnología que produce cuerpos sexuados a partir de un ideal binario (pene/vagina, varón/mujer, masculino/femenino), que convierte ciertos deseos y formas de habitar y transitar el cuerpo en ilegítimas, inmorales o patológicas.

Siguiendo a la teórica feminista y queer Judith Butler (2002), el género como acto performativo es una repetición regulada de un enunciado o acto al que históricamente se le ha otorgado la capacidad de crear la realidad, y lo que se repite es una convención social de la ley heterosexual. No obstante, en esta repetición de la norma también se encuentra inscrita la posibilidad de su fracaso, su repetición incoherente, ininteligible, inadecuada, desplazada. Por eso mismo, la lectura como práctica que hace cuerpos, integra las maquinarias de la identidad de género, que con sistemática frecuencia nos convierten en su presa, encapsulándonos en los ideales normativos del ser varones o mujeres, de manera excluyente. Y al mismo tiempo, puede producir sus desarreglos y averías.

Los textos no sólo responden a un régimen de representación, sino también de producción porque constituyen un modo de ordenar el mundo, de organizar las palabras, de localizar los cuerpos, sus usos, estilos y placeres en una sintaxis del gobierno corporal. La forma en que se entrelazan las palabras es lo que le da textura a la lengua y legibilidad al cuerpo. En este sentido, la lectura tiene un rol primordial en la (des)configuración de los géneros, tanto al naturalizar y promover los ideales normativos de feminidad y masculinidad, esos modos correctos de ser varón y mujer que se expresan en estereotipos sexistas, heterosexistas y discriminatorios sobre niñas y mujeres y que silencian a las identidades sexuales y de género no heteronormativas, ya sea por omisión y tachadura o por su registro cautivo en estereotipos normalizados y respetables que despojan a esas identidades de su fuerza perturbadora.

Los libros presentes en las escuelas, en las bibliotecas y en los centros de documentación constituyen un material pedagógico y de soporte privilegiado en los procesos de aprendizaje del género y las sexualidades. Por lo cual, vale instigar esas preguntas que nos incomodan: ¿qué fisonomía del género perfilan los textos que lxs adolescentes leen en las escuelas? ¿cuál es el umbral de lo admitido y de lo inaceptable en esas lecturas? ¿cómo lxs adolescentes negocian, rompen, transgreden, aceptan esos límites espaciales de lo correcto? ¿estxs adolescentes se encontrarán en el espacio escolar con el heterogéneo, múltiple y radical acervo de publicaciones que ponen en cuestión los modos normativos de vivir el género? ¿esos fanzines, folletos, panfletos, libros, objetos, que desde los feminismos críticos, la disidencia sexual, los grupos queer o anarcoqueer, el activismo gordo, con su magia rebelde, sus extravagancias maricas, tortilleras y travestis, y sus jergas insumisas, nos presentan fórmulas de lectura totalmente disruptivas de los modelos hegemónicos del género? ¿dónde se encontrarán lxs adolescentes con esas publicaciones que están por fuera del mercado editorial y de los programas estatales, y que desconfiguran las prácticas y discursos dominantes del género y las sexualidades? ¿dónde leerán las adolescentes la información sobre aborto seguro brindada por las lesbianas de la Línea Aborto, o la experiencia de politizar el dolor de ser gorda de ‘La cerda punk’, de Constanza Álvarez Castillo, o la ‘Poesía travesti’ de Claudia Rodríguez, o las producciones del Colectivo de Disidencia Sexual Arroz Quemado, o la compilación de textos Feminismo verde flúor, o a las ‘putas babilónicas’, o el stock virtual, caudaloso y desbordante, de textos críticos de la ‘biblioteca fragmentada’, o el provocador libro “Por un feminismo sin mujeres” de la CUDS1, o los escritos irreverentes de los colectivos ‘a quemar el closet’, o ‘mistraloka?

Todas estas escrituras y sus incipientes lecturas cuestionan las formas oficiales de percibir, sentir y comprender los géneros. Por eso, la experiencia de leer nos coloca en un lugar incómodo porque desnaturaliza y causa confusiones, equívocos, tanteos aleatorios o desvíos erráticos, en el territorio del estereotipo, la tautología oficial, lo funcional y lo utilitario. Todas lecturas tráfugas de las instituciones, liberadas del cepo de lo apropiado y correcto que, desde una doble operación de suscripción a un lenguaje heredado pero ejerciendo al mismo tiempo un acto de infidelidad de sus premisas, imaginan nuevas máquinas para desprendernos de nuestras identidades asignadas, funciones, roles, abriendo un espacio tiempo donde pueda desplegarse el deseo, favorecer la propagación, el contagio, la proliferación de líneas de fuga.

La despedagogización de la lectura

1 Colectivo Utópico de Disidencia Sexual.

Si la práctica pedagógica es un lugar de acción política en la que se habilitan o clausuran posibilidades de vida, la pregunta por la posibilidad de mundos vivibles debe permanecer bien visible en el corazón de nuestra tarea educativa. Como los discursos no son sólo palabras, sino prácticas semiótico-materiales, entonces cambiar los relatos es una intervención creativa en términos de política de conocimiento y sensibilidad afectiva. La lectura no puede ser sierva de la pedagogía y la didáctica, afectada por el temor de mostrar la vida como es, intensa, asombrosa, desagradable, incorrecta, pasmosa.

En la escuela, todas estas experiencias del temblor, como son las prácticas de lectura, la adolescencia y el género, se ven acechadas por formas de utilitarismo, el predominio moral, las apetencias didácticas ligadas a los buenos modales y nobles ideales, la educación en valores, esas microdictaduras que habitan nuestra cotidianidad. Se atribuye a la literatura escolarizada la función y condición de no incomodar ni desacomodar, teñida de un deber ser a una obediencia temática o a una sospechosa adaptabilidad curricular. Mediante la selección de algunos textos y el olvido de otros, se estipulan los productos adecuados, esperables para la formación de unx adolescente. Cuando un texto propone ser utilizado de modo unívoco como vehículo de transmisión de un contenido predeterminado, lo primero que emprende retirada es la multisignificación y aparece una forma persistente del conservadurismo político y social.

A lxs lectorxs hay que construirlos, lo que es un persistente trabajo social de luchar contra la domesticación de la lectura, de atentar contra la uniformidad, de transmitir la ligazón pasional por los textos, de revelar aspectos insospechados, de llegar a zonas no habituales de nosotrxs mismxs.

La lectura está para complejizar nuestras vidas, no para hacerlas dúctiles ni sumisas, de modo que fuerce los propios límites y sea incentivo para explorar los insospechados arrabales de la experiencia. No se la puede despojar de su núcleo raquídeo, esa fuerza de extrañamiento y su deambular interrogativo de otros modos de estar en y andar por el mundo. “Educar en la literatura es un asunto de tránsito y ensanchamiento de fronteras. (...) Claro está que es muy difícil ayudar a ensanchar la frontera de otros cuando la propia está encogida, apelmazada”, señala sagazmente la escritora Graciela Montes (1999: 55).

Resistir las reducciones a la engañosa claridad de los modelos universales supone salpicar los modos de leer con estremecimientos, molestias, conmociones, para que lo imprevisible no se establezca, nos hiera, deje escapar una palabra que nos perturbe y trabaje contra las formas de pensar moralizadoras. Leer nos libera de los dispositivos encapsulados de

una lengua muerta y la hace saltar en mil inflexiones buscando construir, provisora y precaria, una gramática del deseo y una sintaxis de la libertad (Pradelli, 2011: 24).

En la práctica de la lectura se monta una especie de primitivo taller conceptual que la convierte en sospechosa y peligrosa porque está fuera de control, nunca se sabe bien adónde lleva, por eso su insistencia en definirla, ceñirla a una tesis que sabemos bien que indefectible e insolentemente es desbordada por cada lectorx. La acción de leer consiste en un modo de intervenir las máquinas ficcionales biopolíticas que protegen los poderes imperantes del heterocapitalismo racista, sus formaciones sexuales, raciales, de clase y género, lo que exige un esfuerzo por desplegar la dimensión artesanal de la actividad narrativa, en la que se pone en juego y en riesgo nuestra propia tecnología semiótica de construcción de significados.

Así, leer como alegoría del temblor es una operación política de desnaturalización del régimen del género, porque desconfisca mediante gestos y tácticas, astucias y maniobras, los modos autorizados de las feminidades y masculinidades impuestas por la heteronormatividad como tecnología de escritura. En este proceso de degenerización, de cuestionamiento del género asignado, se abre la posibilidad de nuevas moradas para nuestros cuerpos, siempre inestables, temporales y tambaleantes, tal como acontece la asombrosa experiencia de la lectura.

Bibliografía

Andruetto, María Teresa (2009) Hacia una literatura sin adjetivos. La ventana indiscreta. Comunic-Arte, Córdoba.

Butler, Judith (2002) Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo. Paidós, Buenos Aires.

flores, valeria (2005) Imaginarios sexuales y literatura infantil: una lectura feminista. Ensayo presentado al Concurso I Premio "Graciela Cabal" de Ensayo Crítico sobre Literatura Infantil y Juvenil (Argentina), organizado por la Asociación de Literatura Infantil y Juvenil de la Argentina (ALIJA) - 2005. 3º Mención. <http://escritoshereticos.blogspot.com.ar/2009/04/literatura-infantil-e-imaginarios.html>

Glissant, Édouard (2006) Tratado del Todo-Mundo, Ed. El Cobre, Barcelona.

Haraway, Donna J. (1995) Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza. Ediciones Cátedra, Madrid.

- Larrosa, Jorge (2003) Entre las lenguas: lenguaje y educación después de Babel. Laertes, Madrid.
- Montes, Graciela (1999) La frontera indómita. En torno a la construcción y defensa del espacio poético. Fondo de Cultura Económica, México.
- Percia, Marcelo (2014) sujeto fabulado I. notas. Editorial La Cebra, Buenos Aires.
- Pradelli, Ángela (2011) La búsqueda del lenguaje. Experiencias de transmisión. Paidós, Buenos Aires.